

»la emperatriz; Itálico, porque le desagradaba su cara; y una multitud sin que supiesen la causa por qué eran perseguidos. Toranio, el tutor y el antiguo amigo de Augusto, fué proscrito por su pupilo sin otra causa que ser hombre de probidad y amar á su patria. Ni la pretura ni su inocencia pudieron librar á Quinto Galio de las manos sangrientas del ejecutor; aquel Augusto, cuya clemencia se ha alabado tanto, le arrancó los ojos por su propia mano. Cualquiera era engañado ó herido por sus esclavos ó por sus enemigos, y si no había enemigos, nunca faltaban asesinos. Estos eran un huésped, un amigo ó un hijo. En una palabra, bajo aquellos reinados, la muerte natural de un hombre célebre, ó que estuviese constituido en dignidad, era tan extraña, que se ponía en los periódicos como un acontecimiento, y se transmitía por el historiador á la memoria de los siglos venideros. Bajo aquel consulado, dice nuestro analista, el pontífice Pison murió en su cama, lo que pareció á todo el mundo un prodigio.»

»A tales acusadores, tales jueces. Los tribunales, protectores de la vida y de la propiedad de los ciudadanos, se habian convertido en carnicerías, en donde lo que se llamaba suplicio y confiscacion no era sino un robo y un asesinato. Si no habia medio de llevar á un hombre al tribunal, se tenia el recurso de asesinarle ó envenenarle. Celer Ælio, la famosa Locusta y el médico Aniceto eran unos envenenadores de profesion con privilegio exclusivo, y una especie de grandes oficiales de la corona, que siempre iban donde iba la corte. Cuando aquellas medidas no bastaban, el tirano recurria á una proscripcion general. Así fué como Caracalla, despues de haber muerto por su mano á Geta, declaró enemigos de la república á todos sus amigos y parientes, en número de veinte mil; y Tiberio, enemigo de la república, mató á todos los amigos y partidarios de Sejano, en número de treinta mil. Así fué como Sila, en un solo día, prohibió el fuego y el agua á setenta mil romanos. Si un emperador hubiera tenido una guardia pretoriana de tigres y panteras, no hubiera destrozado más personas que las destrozadas por los delatores, los libertos y los envenenadores de César; porque la crueldad causada por el hambre cesa con el hambre, en vez de que la que es causada por el temor, la concupiscencia y las sospechas de los tiranos, no tiene límites. ¡Hasta qué grado de envilecimiento y bajeza no habria descendido la especie humana, cuando vemos que Roma sufrió el gobierno de un monstruo que se quejaba de que su reinado no se señalase por alguna calamidad, peste, hambre, ó temblor de tierra; de un hombre que envidiaba á Augusto el haber tenido en el suyo un ejército destrozado, y al de Tiberio los desastres del anfiteatro de Fidenas, en donde habian perecido cincuenta mil personas, y para decirlo en una palabra, que deseaba que el pueblo romano no tuviese más que una cabeza para poder colgarla en una ventana de su habitacion!»

## VIII

Aquí se elevaba Camilo Desmoulins hasta la filosofía de Fenelon, para dar á la revolucion el colorido de una religion política:

«Algunos piensan sin duda que la libertad, así como la infancia, necesita pasar por los llantos y los gemidos para llegar á la edad madura. Pero con la libertad sucede todo lo contrario, y basta desearla para obtenerla. Un pueblo es libre en el mismo momento en que quiere serlo. La libertad no tiene ni infancia ni vejez;

no tiene más edad que la de la fuerza y el vigor; de otra suerte, los que se hacen matar por la república serian tan estúpidos como esos fanáticos de la Vendée que se hacen matar por las delicias del paraíso, de que no gozarán nunca. Cuando hayamos perecido en el combate, ¿resucitarémos á los tres días, como creen esos imbéciles campesinos? No, esta libertad que yo adoro no es el Dios desconocido. Combatimos por defender unos bienes de que estamos en posesion desde que se invocan. Estos bienes son la declaracion de los derechos, la dulzura de las máximas republicanas, la fraternidad, la santa igualdad y la inviolabilidad de los principios: ved aquí la huella de los pasos de la diosa.

»¡Oh queridos ciudadanos! ¿Estaríamos envilecidos hasta el punto de tener que prosternarnos ante tales divinidades? No; la libertad que ha bajado del cielo no es una ninfa de la Opera, no es un gorro encarnado, no es una camisa sucia ni unos harapos; la libertad es la dicha, es la razon, es la igualdad, es la justicia, es vuestra sublime constitucion. ¿Quereis que la reconozca, que me arroje á sus piés, y que vierta mi sangre por ella? Abrid las cárceles á los doscientos mil ciudadanos que llamais sospechosos, porque en la declaracion de derechos no hay casas para los sospechosos, sino prisiones para los delincuentes. La sospecha no tiene más cárcel que el acusador público. No debe haber hombres sospechosos, sino hombres acusados de delitos previstos por la ley; y no creais que esta medida sería funesta á la república; ésta sería la medida más revolucionaria que podiais tomar. ¿Quereis exterminar á todos vuestros enemigos con la guillotina? Pero ¿puede darse mayor locura! ¿Podeis hacer perecer á uno en el cadalso sin atraeros el odio de toda su familia y de sus amigos? ¿Creéis que sean peligrosas esas mujeres, esos viejos, esos valetudinarios, esos egoistas y esos rezagados de la revolucion á quienes encerrais con tanto afan? De todos vuestros enemigos, no quedan ya sino los enfermos y los cobardes; los valientes y los fuertes, ó han emigrado, ó han perecido en Lyon y en la Vendée. El resto no merece vuestra ira. Esa multitud de fuldenses, de arrendadores, de tenderos que encarcelais en medio de la lucha de la república contra la monarquía, no ha reunido en su favor sino á aquel pueblo de Roma cuya indiferencia describe Tácito en el combate entre Vitelio y Vespasiano.»

La palabra *comité de clemencia* que Camilo habia arrojado á la opinion, lisonjeaba por otra parte la generosidad de los vencedores, consolando la miseria y la debilidad de los vencidos.

«¡Cuántas bendiciones se elevarian entónces de todas partes! Pienso muy diferentemente de los que os dicen que es menester poner al Terror en la órden del día; estoy seguro, al contrario, de que la libertad se consolidaria, y de que Europa quedaria vencida si tuviéseis un comité de clemencia. Este comité, que concluiría la revolucion, es una medida revolucionaria, y la más eficaz de todas cuando se distribuye con sabiduría. Llámeme en buen hora moderado los imbéciles y los pícaros. No me avergüenzo de no ser más rabioso que Marco Bruto, y ved aquí lo que éste escribia: «Hareis mejor, mi querido Ciceron, en tener vigor para cortar las guerras civiles, que en ejercer vuestra ira en perseguir tenazmente á los vencidos». Sabido es que Trasíbulo, despues de apoderarse de Atenas á la cabeza de los desterrados, y despues de haber condenado á muerte á aquellos de los treinta tiranos que no habian perecido con las armas en la mano, usó de una indulgencia

extrema con respecto al resto de los ciudadanos, y que además hizo proclamar una amnistía general. ¿Dirán acaso que Trasíbulo y Bruto eran fuldenses y brisotistas? Consiento gustoso en pasar por tan moderado como aquellos grandes hombres.»

Después, volviendo á hablar del comité de clemencia, decía:

«A la palabra de comité de clemencia, ¿qué patriota no sentirá conmovidas sus entrañas? Porque el patriotismo es la plenitud de todas las virtudes, y no puede, por consecuencia, existir en donde no haya humanidad ni filosofía, sino en un alma árida y desecada por el egoísmo. ¡Oh, mi querido Robespierre! A tí dirijo mi palabra, porque he visto el momento en que Pitt no tenía que vencer más que á tí, y en el que el navío Argos parecía, la república entraba en el caos, y la sociedad de los Jacobinos y la Montaña se convertían en la torre de Babel si tú no lo hubieses salvado todo. Robespierre, tú, cuyos elocuentes discursos leerá la posteridad con avidez, acuérdate de estas lecciones de la historia y de la filosofía, de que el amor es más fuerte y más duradero que el temor, de que la admiración y la religión atraen beneficios, y de que los actos de clemencia son la escala de la mentira, según la expresión de Tertuliano; escala, sin embargo, por la cual los miembros del comité de salud pública han tratado de subir hasta el cielo, al cual nunca se sube por escalones ensangrentados. Tú acabas de aproximarte mucho á esta idea con la medida que has hecho decretar hoy en la sesión del decadi 30 de Frimario. Es verdad que más bien es un comité de justicia lo que ha sido propuesto, y sin embargo, ¿por qué ha de ser reputada la clemencia como crimen en una república?»

En fin, se atrevió á dirigirse á Barere, secretario del comité de salud pública, con las siguientes palabras:

«No se encuentran ya los moderados y los aristócratas, dice Barere, sin preguntarse: «¿Habeis visto *El Viejo Franciscano*?» ¡Yo protector de los aristócratas! ¡Yo patrono de los moderados! Que la nave de la república, que corre entre dos escollos de que ya he hablado, se acerque mucho al del moderantismo, y se verá si yo ayudo á la maniobra, y si soy ó no moderado. He sido revolucionario antes que todos vosotros; he sido más, he sido un bandido, y me he gloriado de serlo cuando en la noche del 12 al 13 de Julio de 1789, el general Danican y yo hicimos abrir las tiendas de los armeros para armar al primer batallón de *sans-culottes*. Entónces tenía yo toda la audacia de la revolución. En el día, que soy diputado de la Asamblea nacional, sólo tengo la que me conviene, que es la de la razón y la de decir mi opinión con franqueza. Pero ¡oh queridos colegas! yo os diré como Bruto á Cicerón: Nosotros tememos demasiado á la muerte, al destierro y á la pobreza. *Nimum timemus mortem et exilium et paupertatem*. Esta vida, ¿merece acaso que un representante la prolongue á costa del honor? No hay ninguno de nosotros que no haya llegado á la cima de la vida, y no nos queda más que descender por medio de mil precipicios inevitables aun para el hombre más oscuro. Esta bajada no nos abrirá ningún paso, ningún sitio que no se haya ofrecido mil veces más delicioso á aquel Salomón que decía en medio de sus setecientas mujeres, pisando todo aquel aparato de felicidad: «He encontrado que los muertos son más felices que los vivos, y que el más dichoso es aquel que no ha nacido.»

## IX

Maltratado Hebert en aquel periódico, exhaló gritos de dolor y de rabia, herido por el puñal de Camilo Desmoulins, y no cesaba de provocar su expulsión de los Jacobinos, denunciándole como un asalariado de la superstición y de la aristocracia. Por su lado, Barere fulminaba maldiciones contra Camilo Desmoulins en el



Los hebertistas en la Conserjería. — Pág. 327.

comité de salud pública y en la tribuna de la Convención, acusándole de que amortiguaba el patriotismo y de que comparaba la energía sensible de los fundadores de la república con la crueldad de los tiranos. Desaprobado Camilo por Danton y reprendido por Robespierre, empezó á conocer que se había colocado entre dos colosos que iban á aplastarle al chocar uno con otro. Pero avergonzándose de tener que retroceder ante la opinión pública, que recibía gustosa aquella primera indicación de clemencia, agravó su crimen en nuevos artículos que á la vez abundaban en nuevas ideas de clemencia y en invectivas contra los Jacobinos.

Hebert, Ronsin, Vincent, Momoro y Chaumette, faltos de resolución en el momento de la lucha, se esforzaban como Camilo Desmoulins en desapasionar á Ro-

Robespierre, ó en desarmarle con sus adulaciones. La mujer de Hebert, religiosa exclaustrada por la revolucion, pero digna de otro esposo, frecuentaba la casa de Duplay. Robespierre tenia hácia aquella mujer la estimacion y el respeto que negaba á Hebert. Aquella mujer trató de reconciliar á Robespierre con su marido. Convidada á comer en casa de Duplay, se esforzó por disipar las sospechas que Robespierre alimentaba contra la faccion de los Franciscanos. Por la noche Robespierre, confiándose á medias con Hebert, le insinuó que la concentracion del poder en un triunvirato, compuesto de Danton, de Hebert y de él, reuniria tal vez la accion de la república que estaba próxima á romperse. Hebert respondió que se consideraba incapaz de otro papel que el de Aristófanes del pueblo. Robespierre le miró con desconfianza. Al salir de casa de Duplay, la mujer de Hebert le dijo á su marido que semejante insinuacion, recibida y luégo rechazada, era un peligro mortal para él. «Tranquilízate,—dijo Hebert;—no temo ni á Robespierre ni á Danton. Si se atreven, que vengan á buscarme á la municipalidad.»

Hebert, ya acorbadado, ya temerario, no hablaba en sentido ménos provocativo de Danton y de sus amigos, en su periódico y en la tribuna de los Franciscanos. Los aplausos del populacho, la audacia de Vincent, las armas de Ronsin y las bandadas desenfrenadas de Maillard le aseguraban. Infamaba abiertamente al comité de salud pública, y el gobierno no tenia más arbitrio que herir á aquel faccioso ó ser herido por él. La Convencion estaba amenazada de un nuevo 31 de Mayo, porque Hebert pedia la prision y el suplicio de los setenta y tres diputados cómplices de los girondinos. Vincent fijó en los Franciscanos unos carteles en que decia que era necesario reducir á mil y quinientas almas las cincuenta mil que habia en Lyon, encargando al Ródano que enterrase los cadáveres. Chaumette hacía afluir á la municipalidad los peticionarios de las secciones, pidiendo abiertamente la expulsion de la parte gangrenada de la Convencion. El comité de salud pública conocia por sus agentes secretos las tramas anárquicas de Ronsin, y que era ya tiempo de cortarlas, aprovechando el momento en que aquellos mismos conspiradores amenazaban á Danton. Tal fué el motivo de los miramientos y de la indulgencia de Robespierre en los Jacobinos con respecto á Danton y á Camilo Desmoulins. Resuelto á perder á las dos facciones, el comité de salud pública se guardaba de atacarlas en el mismo dia: era necesario dar esperanza á la una para destruir más fácilmente la otra. Danton, á pesar de su perspicacia, se engañó tambien, tomando la longanimidad de Robespierre por una alianza; pero no era sino un lazo, y cayó en él. Esto fué lo que reveló algunos dias despues con esta exclamacion de su orgullo humillado: «La muerte no es nada. ¡Lo que siento es morir por un engaño de Robespierre!»

## X

Los Jacobinos eran para el comité de salud pública el instrumento de la derrota ó de la victoria. Robespierre se encargó de reunirlos á la Convencion, multiplicándose y consumiendo sus fuerzas para ocupar sin descanso la tribuna y ejercer sobre ellos la fascinacion de su nombre. Esta tribuna se convirtió en el único punto sonoro de la república. La Convencion afectaba hablar poco desde que ejercia el poder supremo. La soberanía no tenia necesidad de hablar, sino de obrar. La Convencion temia ademas dividirse discutiendo mucho delante de sus enemigos. Su

dignidad y su fuerza consistian en el silencio. La opinion no amenazaba ó no estallaba sino en los Jacobinos. Robespierre no desperdiciaba ninguna ocasion de infamar ó de amenazar á los hebertistas. «¡Que los que desearen—exclamó un dia mirando el grupo que formaban Ronsin, Vincent y los franciscanos—que la Convencion quede degradada, vean en esto el principio de su ruina! ¡Que oigan el oráculo de su muerte cierta! ¡Serán exterminados!»

Camilo Desmoulins habia sido citado para justificar sus insinuaciones sangrientas contra el Terror. Presentóse ya vencido, y tartamudeó sus excusas. «Esperad, ciudadanos,—dijo;—yo no sé en dónde estoy. De todas partes me acusan ó me calumnian. Por mucho tiempo he creido de buena fe las acusaciones en contra del comité de salud pública. Collot-d'Herbois me ha asegurado que estas acusaciones eran una novela. Yo pierdo la cabeza. ¿Es un crimen á vuestros ojos el haber sido engañado?» «¡Explicaos sobre *El Viejo Franciscano!*»—le gritó una voz. Camilo tartamudea, y Robespierre le dirige una mirada severa. «Hace algun tiempo—dijo—que tomé la defensa de Camilo Desmoulins, acusado por los Jacobinos. La amistad me permitió hacer algunas reflexiones atenuantes sobre su carácter; pero en el dia me veo obligado á usar un lenguaje diferente. El habia prometido abjurar las herejías políticas de que están llenas las páginas del *Viejo Franciscano*. Enorgullecido por el despacho prodigioso de su folleto y por los pérfidos elogios que los aristócratas le prodigan, no ha abandonado la senda que le trazó el error. Sus escritos son peligrosos; alimentan la esperanza de nuestros enemigos y fomentan la malignidad pública. Camilo es un ciego admirador de los antiguos. Los escritos inmortales de Ciceron y de Demóstenes hacen sus delicias. Le gustan las filípicas, y es un niño extraviado por las malas compañías. Es necesario tratar con rigor sus escritos, que el mismo Brissot no hubiera deseado, y conservar su persona. Pido que se quemén todos esos números.» «Quemar no es responder»,—exclamó el imprudente folletista. «¿Cómo te atreves—replicó Robespierre—á justificar unas páginas que forman las delicias de la aristocracia? Sabe que si no fueses Camilo, podria tal vez no tenerse tanta indulgencia contigo.» «Tú me condenas aquí,—repuso Camilo Desmoulins;—pero ¿no he ido yo á tu casa? ¿No te he leído mis páginas, suplicándote en nombre de la amistad que me ilustrases con tus consejos y que me trazases el camino que debia seguir?» «No me has mostrado más que una parte de ellas,—le respondió severamente Robespierre;—como yo no me caso con ninguna querrela, no he querido leer las otras. Se hubiera dicho que yo las habia dictado.» «Ciudadanos,—dijo entonces Danton,—Camilo Desmoulins no debe asustarse de las lecciones un poco severas que Robespierre le da. ¡Que la justicia y la sangre fria presidan siempre á vuestras decisiones! Antes de condenar á Camilo, mirad bien lo que haceis, no sea que con este golpe echeis por tierra la libertad de la imprenta.»

Estas luchas, preludio de otras más terribles, no impidieron á Robespierre el que dictase sus doctrinas á la Convencion. «Iniciemos al universo entero en nuestros secretos políticos,—dijo en un informe sobre el espíritu del gobierno republicano.—¿Cuál es nuestro objeto? El reinado de la justicia eterna, cuyas leyes están escritas, no en el mármol ni en la piedra, sino en el corazon de todos los hombres, áun en el del esclavo que las olvida y en el del tirano que las niega. Queremos sustituir en nuestro país la moral al egoísmo, la probidad al honor, los deberes á las